EL ORGANISTA

El portón de la catedral fue abierto. El templo gótico, lleno de claros y oscuros, olía a rancia humedad. La iglesia estaba vacía. Un silencio de muerto la invadía. El organista subió lentamente por las escaleras de caracol que iban a dar al coro. El peso de los años le hacían ir con tiento y cuidado. Un gran órgano de madera, con sus enormes tubos de metal dorado, que cubrían toda la pared en abanico, lo estaba esperando. Descubrió con la fuerza que le quedaba la tela de terciopelo que lo tapaba y, acto seguido, tras mirarlo y santiguarse con profundo respeto, se sentó sobre el taburete. Colocó sus manos vigorosas sobre el teclado y una música comenzó a invadir todos los espacios. El organista recorría por la melodía de la vida todas las notas de las escalas musicales. Desde las más lúgubres hasta las más luminosas eran acariciadas por sus manos. La vida, con sus tragedias y sus dichas, eran una hermosa, dura y enigmática pieza musical de carácter sacro. El hombre, cuya existencia se estaba ya apagando, desprendía una riqueza inigualable. Su arte era una Hostia Sagrada ofrecida en el altar del sacrificio, manifestación de sus vivencias guardadas en su corazón, que palpitaba como una bella caja de música que se abría a la divinidad. Hoy era el momento de mayor belleza. El viejo y cansado músico sintió su cajita de melodías quebrarse por tan onda emoción. Su corazón lo ahogó hasta hacer callar la música. Sus dedos se hincaron sobre las últimas notas y su cabeza cayó humillada contra el

armazón de madera vieja de la que se revestía su siempre y querido compañero de fatigas. El viaje de la vida había terminado.